

ARTE ★ LETRAS ESPECTACULOS

LIBROS

Manuel Scorza, el escritor insomne

ANTONIO NUÑEZ



MANUEL Scorza, uno de los grandes escritores de América Latina, nació en Lima en 1928 y pasó su infancia en una aldea de las cordilleras andinas. Estudió en la Universidad de San Marcos, de su ciudad natal, y en la de México. A consecuencia de sus actividades políticas hubo de marchar al exilio (1948-56), hasta que la caída del dictador Odría le permitió volver a su país, ya con una importante obra poética realizada. A comienzos de la década del 60 participó en la sangrienta rebelión campesina de los Andes centrales. Hubo de marchar de nuevo al exilio en 1967, y en París redactó las cinco novelas de su ciclo "La guerra silenciosa" (*Redoble por Rancas*, *Garabombo*, *el invisible*, *El jinete insomne*, *Cantar de Agapito Robles* y *La tumba del relámpago*), obra que provocaría una tempestad literaria y política sin precedentes en América Latina. Candidato el presente año al Premio Nobel, sus obras se encuentran traducidas o en curso de traducción a treinta y dos idiomas, y es, con García Márquez, el autor latinoamericano más difundido en el mundo. Nos entrevistamos con Scorza en Madrid, a donde es posible que se traslade temporalmente desde París, donde reside en la actualidad. Están presentes en la conversación César Calvo, periodista y novelista peruano, y Georges Marantos, economista e investigador de la historia colonial, íntimos amigos del gran escritor.

—El ciclo novelístico "La guerra silenciosa", que empecé con *Redoble por Rancas*, es en realidad un capítulo de la guerra clandestina que en Latinoamérica se da paralelamente a las guerras oficiales. Esta guerra ha producido en lo que va de siglo casi un millón de muertos. Por citar unos pocos ejemplos, en la década del cincuenta se produjeron en Colombia más de trescientas mil muertes en el curso de una guerra civil que nunca se declaró; el Presidente Martínez, de El Salvador, inauguró su mandato en los años cuarenta con una matanza de treinta mil campesinos; en los últimos setenta años en el Perú se han producido decenas de miles de muertes violentas.

—Se trata, con toda seguridad, de uno de esos crímenes que el mundo se niega a conocer.

—Exactamente. En mil novecientos cincuenta y nueve se produjo uno de los más grandes combates del campesinado andi-

no contra sus opresores. El combate de Cerro de Pasco, en Perú, se había iniciado en realidad en mil setecientos cinco, a consecuencia de una matanza de niños ordenada por un hacendado para castigar la rebelión de los padres, y había continuado, sin tregua, hasta mil novecientos cincuenta y sesenta. En ese año sobreviene una crisis de minerales, que hace subir los precios en los mercados internacionales y deja sin trabajo a la mayor parte de los mineros, que son, en su mayoría, el excedente de mano de obra de los pueblos agrarios. Decenas de miles de familias se vieron obligadas a volver a sus lugares de origen, pero, en su ausencia, las tierras de las comunidades se habían empequeñecido por las expropiaciones llevadas a cabo por los grandes propietarios. El campesinado de Cerro de Pasco, crispado, inicia una sublevación agraria que dura prácticamente tres años. Esta lucha terrible se cuenta en cinco novelas,

que se corresponden con otros tantos episodios sangrientos de la rebelión contra el sistema.

—¿Contra qué sistema?

—Uno de los sistemas feudales más antihistóricos de América Latina. La situación del campo es tal que no se conoce la moneda, como cuento en *El jinete insomne*; existe el derecho de pernada, las poblaciones campesinas no tienen derecho a salir del límite de las haciendas, etcétera. Hay zonas del país en las que los siervos no conocen la República ni saben que existe el Presidente. En la hacienda Huanayai, por citar un ejemplo célebre, los campesinos no eran capaces de distinguir la bandera peruana. Se

trata de dominios enormes, que llegan a tener medio millón de hectáreas; muchos de ellos son tan extensos como el fundo Muñoz Najar, en el Sur del Perú, que abarca desde la selva, en los límites del Brasil, hasta el Pacífico.

—Creo que es preciso anotar la implantación, en ese sistema, del capital multinacional. De hecho, *Redoble por Rancas* comienza con una noticia relacionada con la alta rentabilidad de las acciones de la "Cerro de Pasco Corporation" en la Bolsa de Nueva York.

—En efecto —dice Scorza—. Entre los grandes propietarios de la zona, dueños de haciendas de

Casa del Libro, Espasa-Calpe: quince millones de títulos vendidos

ESTE aspecto ofrecía el salón de lecturas de la Casa del Libro —"nuestro hogar", para el escritor Julio Camba—, poco después de su inauguración, año 1923, en la entonces avenida de Pi y Margall, hoy de José Antonio, en Madrid. Don José Ortega y Gasset, que tenía su despacho en el mismo edificio, bajaba a este salón —auténtico santuario de las letras españolas— para reunirse con Zubiri, García Morante, Baeza y otros. En él se daba cita la intelectualidad de la época, se organizaban frecuentes actos culturales y, sobre todo, tenía lugar una de las tertulias más famosas de aquel tiempo.

Aquellos primeros "seis reales de libros" vendidos el día de su apertura están a punto de culminar —tras de su largo y azaroso medio siglo de vida— en la venta del título quince millones. Para celebrar esta efeméride, que tiene por protagonista el libro, se añaden con Espasa-Calpe las editoriales más prestigiosas: Aguilar, Alianza, Alhambra, Argos Vergara, Científico-Médica-Dossant, Gustavo Gili, Grijalbo, Noguer-Caralt, Parramón, Planeta, Plaza-Jarés y Selx Barral. Entre las iniciativas conjuntamente organizadas, dentro de una amplia campaña de promoción del libro, destaca la edición facsímil de los catorce números de "El Pobrecito Hablador", publicación satírica de Mariano José de Larra prohibida en su día, con prólogo de Umbral, obsequio de la Casa para sus compradores durante el mes de noviembre. ■



más de un millón de hectáreas, se encuentra la "Cerro de Pasco Corporation", una de las empresas mineras más poderosas del mundo.

—¿Qué relación existe entre la oligarquía peruana, el capital multinacional y las Fuerzas Armadas?

—Es una relación bien conocida, escasamente original, propia de los pueblos colonizados y oprimidos de cualquier lugar de la Tierra. El sistema estaba sostenido por las Fuerzas Armadas peruanas, cuyos generales estaban vinculados, en algunos casos, a la propiedad de las grandes haciendas. En la época del Gobierno de Prado, muchos ministros eran los dueños de hasta nueve haciendas. Este es el sistema contra el cual se va a dar lo que yo llamo la epopeya de la lucha campesina en Pasco, que, de no haber escrito los libros, se hubiera quedado en el anonimato absoluto. Como tantas otras.

—¿Cómo entras en contacto con la lucha campesina?

—En mil novecientos sesenta, un grupo muy pequeño de intelectuales y de estudiantes funda un movimiento de defensa de las comunidades, que se llama Movimiento Comunal del Perú, cuyo objetivo es tratar de romper el silencio y la indiferencia sobre el genocidio constante. Yo me incorporo a este Movimiento y me convierto después en su secretario general. En ese momento, los campesinos de Pasco vienen a Lima para pedirnos que nos unamos a ellos en el terreno de la lucha. De este modo, en mil novecientos sesenta, llego a Cerro de Pasco.

—Hasta entonces tú habías escrito poesía. Y resulta evidente que la lucha de Cerro de Pasco cambió tu trayectoria de escritor.

—Viví en Pasco la experiencia terrible del genocidio perpetrado a mansalva: pueblos quemados, ejecuciones sumarias, crímenes espantosos. Y el silencio absoluto de los periódicos sobre estas atrocidades, que el Movimiento Comunal intenta romper con comunicados pagados, hasta que ningún periódico admite los comunicados y la rebelión es aplastada. Yo era uno de los pocos testigos alfabetos, capaces de dar fe de lo sucedido. Al lado de la infamia había visto la grandeza, al lado de lo grotesco surgía la tragedia, y, sobre todo, encontré

La muerte de Navascués

La trágica desaparición de José María Navascués, uno de los más destacados escultores españoles contemporáneos, llega en un momento de triunfo artístico. Su obra (en la que el tratamiento de las materias conlleva la invención de objetos cotidianos que "relevarían —según él mismo— al objeto de arte. Pero ironizando en las dos direcciones. Mis objetos son ambas cosas, sin ser una de ellas enteramente. Tienen algo de mueble burgués de los que dan prestigio, de ahí su preciosismo, pero son muebles completamente inútiles. Su funcionalidad es estética y, sobre todo, crítica. Son objetos que sirven para triturar el sentido") había sido seleccionada con la de otros importantes artistas españoles para participar en la próxima Bienal de San Pablo (Brasil). Nació en Madrid, tenía cuarenta y cinco años, y había vivido durante largas temporadas en Asturias, región en la que acaba de morir. Sus inicios fueron en la pintura, como expresionista abstracto, pero más tarde comenzó a buscar en la escultura el desarrollo de algunas de sus preocupaciones estéticas. Su prematura muerte ha truncado una trayectoria brillante y rigurosa. Que no sea pretexto para las planide-ras profesionales. ■ M. R. B.



personajes absolutamente excepcionales, muchos de los cuales vivían en épocas sobrepasadas; hombres de mentalidad mítica, fascinante: Héctor Chacón, "El Nictálope"; Fermín Espinosa, personaje histórico y real de Garabombo, el invisible; Raimundo Herrera, "El jinete insomne"; el insigne Agapito Robles, que continúa siendo vecino del pueblo de Yanacocha; Genaro Ledesma, protagonista de La tumba del relámpago, a quien los avatares de la vida política le han llevado a ser candidato de la izquierda peruana a las elecciones presidenciales de mil novecientos ochenta. Y una muchedumbre de hombres y mujeres, que son, justamente, habitantes de mis libros.

—¿Qué haces, en concreto, en Cerro de Pasco?

—Me incorporo al equipo de Genaro Ledesma, quien me encarga diversos trabajos: organizo una gran manifestación de campesinos, que iba a ser la pri-

mera manifestación autorizada en la ciudad de Cerro de Pasco, o recorro las comunidades exhortando a los campesinos a que combatan unidos. Pero, sobre todo, lo que hago fundamentalmente en Pasco es mirar y oír, tener un conocimiento humano y directo de mis personajes, iniciar una relación con mis futuros protagonistas.

—¿Cuándo termina esa tarea?

—En mil novecientos sesenta y dos finaliza el movimiento de Pasco, con la victoria de los campesinos, que se quedaron en las tierras, hecho que supondría el fin del feudalismo agrario en el centro del Perú. Durante los años sesenta y tres y sesenta y cuatro regreso a los pueblos y recorro la zona, recogiendo y grabando testimonios, operación extraordinariamente delicada, porque Cerro de Pasco continuaba en estado de sitio y se habían aumentado las guarniciones militares. Como yo había sido procesado por ataque a las Fuerzas Armadas y arriesgaba pena de cárcel, salgo del Perú en mil novecientos sesenta y siete y me instalo en París. Allí he redactado en los diez últimos años el ciclo completo de "La guerra silenciosa", con varios regresos a mi país para documentarme en Cerro de Pasco.

Por primera vez interviene César Calvo en la conversación:

—He observado que en las entrevistas que se le han hecho a Manuel en Europa no se aborda una de las grandes vertientes de su novelística, acaso la esencial: el territorio del mito, que es el verdadero suelo sobre el que caminan los personajes y sus acontecimientos.

—A eso íbamos —le digo a César—. Pero nos ha parecido conveniente dibujar antes el marco sociopolítico que está en la base de la obra de Scorza. Quizá nos hemos extendido demasiado y la charla nos ha, salido mitinera.

—La construcción del bosque fantástico es completamente inconsciente —dice Manuel Scorza—; en muchos casos se trata del brotar de demonios emplumados de ángeles. Yo considero que hay un equívoco en la valoración tradicional de mi obra, porque la verdadera razón de mis novelas es la demencia, la verdadera lucidez es el olvido, la verdadera realidad son los sueños y las pesadillas de mis personajes. Creo que los mitos surgen en mí inconsciente, y hasta tal punto los he trabajado y me he familiarizado con ellos que en ocasiones me han llevado al borde de la locura.

—¿Hasta qué grado esa situación personal refleja el inconsciente colectivo?

—Lo refleja de manera absoluta y total. Yo siempre cito la investigación que el historiador holandés Zuidema efectuó en un pueblo de los Andes que se llama Ayacucho (en quechua, Rincón de Muertos), según la cual vino a demostrarse que los habitantes de ese lugar, a los que Zuidema había pedido que le contaran sus sueños, soñaban mitos. Esto es nuevo para los historiadores, pero los artistas lo saben desde siempre. Precisamente quería pedir a César que volviera a contar una cosa que nos ha dicho mientras tú llegabas.

—Lo que le he dicho a Manuel —me explica César Calvo— es que lo que él llama inconsciente personal está cosido al inconsciente americano, exactamente como en el caso de José María Arguedas. Recuerdo que después del primer intento de suicidio de Arguedas, yo lo busqué en su casa de Chiclayo y a lo largo de la conversación me atreví a pedirle que nos dijera qué podíamos hacer nosotros, sus amigos, para que él no volviera a intentar la muerte. Arguedas me sonrió, muy quieto, y dijo: "Tendrían que impedir la conquista, impedir el desembarco de los españoles. ¡Impidan la conquista!". Y me lo pedía a mí, cuatro siglos y medio más tarde de que ésta se produjera.

—Le he pedido a César que contara esa anécdota, que nunca

se escribió, porque ilustra de qué modo nuestros inconscientes individuales de escritores están ligados a nuestros inconscientes históricos.

—Eso, Manuel, ocurre en cualquier escritor de cualquier nacionalidad. Todos arrastramos nuestros horrores históricos.

—Es cierto. Observa, sin embargo, que nuestro pensamiento político, nuestra religión, nuestras teorías políticas, nuestro Derecho, nuestras tecnologías, son —dejando aparte algunas brillantes excepciones— imitaciones o derivaciones de modelos inspirados por la realidad de

otros continentes. En cambio, nuestra literatura ha logrado liberarse de la dependencia y crear modelos que le son propios, modelos originales y universales. ¿Por qué es así? Porque la literatura es el único sector del pensamiento latinoamericano que formula una descripción exacta de la realidad. Hegel dice que la historia ideal de un pueblo debería incluir sus mitos. En este sentido, la verdadera historia de América Latina es su literatura; la literatura es el Primer Territorio Libre de Latinoamérica.

—¿Qué es el mito para vosotros?

—Una respuesta a las atrocidades de la realidad. La conquista no provocó solamente una hecatombe humana: hundió a la sociedad precolombina en un estado de locura colectiva que todavía no ha superado, o que quizá empieza a superar por medio de la palabra. Y así en *La tumba del relámpago*, última novela del ciclo "La guerra silenciosa", los personajes optan por existir en la realidad; comprenden que son, sencillamente, habitantes de un país donde la historia enferma no tiene más que un remedio: la revolución.

—¿Qué escribes ahora?

—Estoy trabajando en una novela de amor que se llama *La danza inmóvil*, que refleja un mundo completamente distinto al de mis novelas anteriores. Esta historia no es sólo la historia de amor de la pareja, porque el hombre ha participado en los movimientos guerrilleros, recuerda los hechos en que ha intervenido, y, desde este punto de vista, la novela es la continuación y la superación dialéctica del movimiento del campesinado que refleja "La guerra silenciosa". Y es también una interrogación sobre el sentido de la existencia humana. Uno de los personajes abandona la revolución por una mujer y otro personaje hace lo inverso, abandona a una mujer por la revolución. Ambos mueren y en sus agonías envidian la vida del otro y mueren envidiándose con las mismas palabras. El que desertó de la revolución cree que debía haberle sido fiel y el que desertó del amor cree que debía hacer sido leal al amor y no a la revolución.

—Tengo noticia de algún otro proyecto —le digo.

Manuel se pone en pie.

—Se llama *El descubrimiento de Europa* —dice—; una novela. Pero no quiero que escribas nada sobre ella.

—¿Y contarme?

—Después —replica dulcemente—. Luego.

Y se marcha pasillo adelante, en compañía de Claire, su esposa, en busca de no sé qué medicamento imprescindible. ■ A. N.

ADIOS A LAS LETRAS

Tangos para Onetti

CLARO, cómo no le iban a tocar tangos a Onetti, si el tango es música de viento y su última novela es un homenaje a ese aire. Mucha gente para homenajear a Onetti. Como ocho conté yo entre los que presidían la mesa, pero está bien. Este solitario uruguayo siempre ha estado en olor de multitud, oliéndose él, como si estuviera fuera, su propia humildad narrativa. A mí de Onetti me cultiva la mirada, porque la echa sobre ti como si en las pupilas estuviera, también, su oreja. Aunque para oír y hablar él tiene a Dolly, su mujer, un ser encantador que te habla desde la cocina como si subrayara, con ese acento anglosajón que tiene en el alma, las palabras que va diciendo el maestro, traídas desde Santa María como quien porta agua incontaminada.

La presentación de Onetti fue un oasis entre la baránda de la pasada semana. Hasta *Tip y Coll*, a los que la televisión había silenciado —o licenciado, porque aquello es como un cuartel sin rancho—, aprovecharon la semana para presentarse en *Mayte Comodore* y traer un libro bajo el brazo. Antes traían una *currutaca* o un chiste contra *Martín Villa* o sobre *Enrique Múgica Herzog*. La pasada semana trajeron un libro, firmado por *Coll* y presentado por *Tip*. Desde que son *Marx y Engels (Umbral dixit)* trabajan más a dúo y más organizados, como si fueran del Manchester inmediatamente previo a la revolución industrial. Son de Manchester, lo que pasa que con chistera.

Fue una semana secuestrada. Porque hasta *Vizcaino Casas*, que renuncia a quitarse el bigote, pero que no renuncia a escribir, presentó su diario. Es bueno que todo el mundo tenga su diario. Los anglosajones, con los que convivo estos días, tienen todos un diario en su cajón, para registrar sus pulsaciones vitales. *Vizcaino* no es anglosajón, pero quiere asemejarse a los súbditos de *Isabel II* y usa tweed y voz ronca, para disimular. Ahora que los británicos han recuperado la tradición del "Times", *Vizcaino Casas* ha querido recuperar el fervor (son sus palabras) del público que tanto le



quiere. Algunos escritores son, desde sus tribunas, mucho más salerosos que *Lola Flores*: el fervor del público que tanto les quiere.

El subrayado de fondo de la pasada semana lo dio *José Luis Abellán*, con su "Historia crítica del pensamiento español". También ahí hubo una sólida caterva de pensadores prolongando el efecto que la dichosa historia habrá tenido ya en las masas de lectores de filosofía. Entre los tangos, el humor y la política retro de los escritores fervorosos, no está mal que este país se entretenga con un poco de filosofía. Daño no le va a hacer a nadie, sobre todo cuando vivimos tiempos sin reposo, semanas secuestradas, alientos ajenos sobre nuestra calva patria. ■ SILVESTRE CODAC.

Caballero Bonald: la lucidez de la memoria

CON prólogo de Francesc Rodón, aparece este volumen (1), que agrupa la producción poética de Caballero Bonald. Veintiséis años de trabajo que se resumen en seis poemarios —aparte quedan antologías, novelas y otras obras—, aunque el autor, en una pertinente nota, nos aclara que no se recogen todos los poemas publicados: "Faltan algunos, no muchos, pero sí los suficientes como para dejar constancia de esas ausencias". Sin embargo, pese a esas ausencias —producción primeriza, creaciones circunstanciales—, en el libro se encuentra el "cor-

(1) "Poesía 1951-1977", José Manuel Caballero Bonald. Plaza y Janés. Barcelona, 1979.